



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## Apresuremos la liberación de la humanidad

Exposición del Mensajero del Eterno

**E**L Señor nos recomienda que apresuremos el Día de Dios. Por eso hemos entrado en la liza, como candidatos al alto llamado o al Ejército del Eterno. Ahora se trata de saber cuáles son los esfuerzos que hemos hecho desde que hemos querido ocuparnos solamente del Reino de Dios.

Es interesante hacer el balance de nuestra situación espiritual. Cada uno puede hacerse la pregunta: "¿Qué cambio ha intervenido en mi corazón después de haber recibido la invitación teóricamente?" Empezamos al Conducirnos como los discípulos, después de que nuestro querido Salvador les dijera: "Seguidme, y yo os haré pescadores de hombres".

Pero después ¿qué resultados hemos Obtenido en la transformación de nuestro carácter? Es verdad que al principio no conocíamos para nada nuestro propio corazón. Por consiguiente, han tenido que suceder una serie de circunstancias que nos han hecho descubrir nuestros ignorados defectos y pobreza.

Esto nos ha obligado a decir, como el apóstol Pablo: "¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?" Pero después, como el apóstol Pablo, ¿es que hemos andado fielmente con nuestro querido Salvador, gracias al cual podemos ser libertados? ¿Progresamos en esta dirección?

Es que no es cuestión de quedarnos a medio camino. Después de haber empezado es conveniente continuar, perseverar hasta el fin; es lo importante, y sobre todo no aflojar, sino llegar a ser cada vez más fervientes. Pues se necesita un celo a toda prueba para triunfar.

¿Quién entre nosotros ha desplegado este celo? Pues lo que sobre todo ha habido, son muchos titubeos, distracciones, correteos fuera del programa, toda clase de cosas que se han manifestado. El Señor no nos ha reñido, sino que nos ha sostenido; siempre ha venido a buscarnos cuando hemos pedido su auxilio. Si él no nos hubiera mantenido a flote, hubiéramos naufragado desde haría tiempo.

Pero ahora se trata verdaderamente de emplear la última energía. Un elemento esencial de combate es la oración. Por eso, la oración es un tema sumamente importante, que no consideramos ni tomamos suficientemente a pecho; pues para nosotros la oración tiene un inmenso valor. Pero conviene orar en las debidas condiciones, y el Señor nos ha dado muchas instrucciones sobre este particular. Cuando la oración es realizada de la buena manera, es una fuerza tónica que nos vivifica y nos fortalece extraordinariamente. En efecto, tomamos así contacto de una manera absolutamente concentrada con la Fuente de la vida y de la salvación.

Un hijo de Dios que realiza fielmente el programa divino siente la necesidad de orar; es para él una imperiosa necesidad. Tiene especialmente el ardiente deseo de elevar al Eterno acciones de gracias y alabanzas, porque le conmueve toda la benevolencia divina.

El Señor nos colma día tras día de misericordia y de perdón. Si no fuera así, el adversario nos hubiera aniquilado desde haría tiempo. David experimentó profundamente todas las compases divinas. Estas no le dejaron indiferente. El hizo un salmo en el cual repite en cada versículo: "Alabad a Jehová, porque para siempre es su misericordia".

David tenía maravillosos impulsos, transportes de alegría por el Eterno, y una admiración sin reserva por sus caminos. Por eso fue llamado "hombre conforme al corazón de Dios". Por lo tanto, podemos medir el grado de nuestra espiritualidad con el deseo más o menos ardiente que tenemos de entrar en contacto con el Omnipotente por la oración.

El Todopoderoso es emotivo en extremo. Él no es indiferente a nada, sobre todo a cuanto afecta a cada uno de sus hijos. El oye cada suspiro y ve cada esfuerzo hecho para complacerlo; nada se le escapa. Es con una inmensa solicitud, un interés de Padre tierno y afectuoso que atiende a cada uno y que toma acto de todos los pasos que damos para apresurar el Reino de Dios.

El Eterno no es tampoco indiferente a los sufrimientos de la humanidad. El desea ver cesar la miseria, los dolores, los sufrimientos, las lágrimas, y sobre todo el séquito de cadáveres que ininterrumpidamente desfilan. Por eso el Eterno habla a nuestro corazón; solicita nuestros sentimientos, y procura hacer vibrar las cuerdas de nuestra alma para que pongamos a un lado toda nuestra insensibilidad y que nos asociemos a su obra.

Pero Dios no quiere que seamos autómatas, gentes que hacen las cosas por rutina. Lo que El quiere son colaboradores que comprendan la grandeza de la obra por hacer, que se asocien a ella, en cuerpo y alma, especialmente también por la oración.

Ocupémonos, pues del Reino de Dios, puesto que de todo lo demás se encarga el Señor. Él tiene cuidado de ello mucho mejor que nosotros pudiéramos hacerlo. Naturalmente esto es una cuestión de fe, y la fe sólo podemos cristalizarla en nosotros cuando nos conformamos estrictamente a los principios divinos. Entonces no corremos el riesgo de desviarnos.

Examinemos por ejemplo la historia de José; su historia es verdaderamente típica. Podríamos pensar: "Puesto que ese joven estaba tan maravillosamente dispuesto por los caminos divinos,

¿por qué el Eterno, que lo tiene todo en mano, lo dejó vender como un esclavo, ser separado de su padre a quien reverenciaba, e ir solo a Egipto como un pobre huérfano?

Este es el razonamiento humano. En realidad, ¿qué es lo que sucedió? José tuvo así la ocasión de formar un carácter admirable y sublime. El pudo poner en evidencia la veracidad de los sueños que había tenido, lo que nunca habría sido posible sin esto.

José pasó por toda la hilera, hasta quedar su corazón suficientemente enternecido y transformado para que las cosas previstas sucedieran, y que pudiera perdonar a sus hermanos con toda su alma, ser su bienhechor y el de su padre. Esto valía, pues, bien la pena de pasar por todas estas etapas. Naturalmente, fueron a veces muy dolorosas; pero el resultado fue también proporcionado.

Por lo demás, es como para nosotros, cuando hay dificultades y pruebas que parecen dolorosas, penosas e incluso incomprensibles; más para el Eterno son muy comprensibles, y sabe muy bien por qué razón las deja venir. Es que nos procurarán un resultado eterno de bendición si sabemos aceptarlas y realizarlas de la buena manera.

Podemos muy bien pensar que venimos de lejos, que es preciso pasar por muchas cosas para que nuestro corazón de piedra se transforme en un corazón de carne. Por lo tanto, dejemos que el arado haga su acción cuando pasa y tengamos confianza en el Señor, acerca del resultado que será glorioso.

En las edades futuras, muchísimos seres humanos dirán: "Cuánto quisiéramos ahora haber sido de esos privilegiados que tuvieron el honor de participar activamente en la introducción del Reino". Pero esto no se representará nunca más.

Cada cosa en su tiempo. Es hoy que podemos colaborar en él. Es necesario, pues, ser lo suficientemente sagaz y prudente para dejar todo lo demás, para cerrar las manos y no recibir nada de lo que el adversario quisiera ponernos en ellas de fuerza, para que seamos distraídos y ocupados en cualquier otra cosa menos en edificar el Reino.

Estamos en el tiempo en que el calor del día va a ponerse todavía mucho más quemante, pero es un inmenso honor aguantarlo. Y si hacemos hoy lo que es debido, tendremos más fuerza para resistir al calor del día siguiente.

Así, cuando hayamos desarrollado suficientemente la fe y el amor, estaremos a la altura de todas las situaciones, y la alegría será mucho más grande que todas las dificultades, Es efectivamente lo que el apóstol Pablo experimentó

y expresó, y por cierto las pruebas no le fueron escatimadas.

Como lo vemos, queridos hermanos y hermanas, no tenemos nada, absolutamente nada que temer. Podemos encomendarnos al Señor con la confianza y la naturalidad de un niño. No busquemos alguna puerta de salida, no tengamos reticencias, abandonémonos completamente en las manos del Señor. Entonces veréis ¡cuán maravilloso es!

Al principio, yo también tuve reticencias. Por lo demás, yo no poseía la luz que ahora tenemos. Pero no hay nada como encontrarse a veces en situaciones en que no hay ninguna escapatoria, en que estamos obligados a decir: "Pues bien, Señor, yo no encuentro solución, ni puerta por dónde salir de la dificultad; sólo te tengo a ti y a nadie más para librarme".

Entonces vemos el socorro del Señor, y esto tiene por efecto desarrollar nuestra fe de una manera sublime. En lo sucesivo, cuando una gran dificultad se presenta, nos quedamos del todo tranquilos. Nos decimos: "Me alegro de ver cómo el Eterno me librará". Y no falta nunca, porque el Eterno es fiel.

Es así como aprendemos a conocer al Omnipotente, a contar con El, a andar con Él y a experimentar goces inefables e inexpresables, que ponen alegría en nuestro corazón y luz en nuestros ojos. Es lo que yo he experimentado, y lo que cada uno vosotros podéis realizar a su vez. Sólo depende de vosotros, queridos hermanos y hermanas. El Eterno es el mismo ayer, hoy y mañana. Las promesas están a nuestro alcance, pero es indispensable vivir valerosamente y con fe las condiciones.

Naturalmente, nuestra certidumbre depende de nuestra fidelidad. Si tenemos reticencias en la carrera, si queremos guardar algo por si acaso, no llegaremos. Si no andamos de todo corazón, si no quemamos todas nuestras naves, todo lo que hayamos guardado en nuestro poder nos estorbará tenazmente en un momento dado.

Claro está que el Señor no nos reñirá, ni nos hará mal alguno, e incluso nos ayudará tanto como pueda. Pero ¿cómo es posible tener la verdadera fe si nos apoyamos la mitad en el Señor y la otra mitad en el diablo y sus métodos?

Es fácil darnos cuenta de que esto es imposible. Cuando el joven rico preguntó al Señor: "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?" El Señor le citó los mandamientos, a lo cual el joven respondió: "Todo esto lo he guardado desde mi juventud". Entonces Jesús le dijo: "Si quieres tener la vida, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme".

El evangelio dice que cuando el joven oyó las palabras de Jesús, se fue triste, porque tenía muchas posesiones, y no las quería dejar. El Señor no le guardó rencor, pero no pudo emplearlo para su glorioso programa.

El Señor es tierno, de una bondad infinita con nosotros. No nos formamos ninguna idea de cuanto él nos quiere y de la gran consideración que nos tiene. Él quiere ayudarnos a dar los pasos que no hemos podido dar aún. No debemos desesperarnos si nos encontramos pobres y miserables frente al programa divino, a causa de nuestras debilidades. Lo que hace falta es venir al Señor, pedirle perdón y asistencia, y luego hacer lo necesario con su asistencia para mejorarnos.

El Eterno nos invita en su amor a contraer una alianza con El. Con el pequeño rebaño es un pacto de profunda ternura, de amistad ma-

ravillosa; le habla al corazón y se basa en la abnegación y en el sacrificio. El pacto con el Ejército del Eterno, es una santa alianza eterna de benevolencia sobre el cumplimiento de la ley divina. Es un pacto implicando rectitud, pureza y amor divino, lo que produce la vida. Naturalmente, la base y el fundamento es la obra y el sacrificio de nuestro querido Salvador, sin el cual nada puede tener valor.

Necesitamos poner todo nuestro corazón para vivir el pacto cada día, con hechos correspondientes. Al procurar ser veraces, mansos y humildes de corazón, entramos inmediatamente en conflicto con el viejo hombre, que es mentiroso, orgulloso, lleno de suficiencia; igualmente es tapujero, suspicaz, envidioso, cobarde, tímido, o al contrario ladino, arrogante, presuntuoso. Y debemos volvernos naturales y abiertos como un niño, confiados, generosos, valientes, sencillos y modestos.

Por consiguiente, es la buena batalla de la fe que se presenta cada mañana a cada uno de nosotros, para operar la transformación de nuestro corazón. Es un maravilloso trabajo del alma, lleno de interés y de alegría serena, porque si estamos atentos, oímos de continuo la voz del Señor, que nos dice: "Yo soy Jehová, tu Dios, que fortalece tu diestra". Por tanto, son relaciones inefables que podemos trabar con el Omnipotente.

¿Cómo no estar en una constante alegría con tales estímulos, con semejante céfiro de afecto que sale continuamente a nuestro encuentro? Esto debe movernos a hacer cada día progresos. De seres iracundos que éramos, nos esforzamos en volvernos calmosos. Si nos entran ganas de increpar, nos detenemos antes de haber hecho el reproche que teníamos en los labios. Aprendemos a ser severos con nosotros mismos y generosos con los demás.

Ninguno de nuestros esfuerzos se le escapa al Señor. Él los aprueba todos y nos hace sentir su aprobación como una caricia profundamente benéfica. Es así como el Eterno educa nuestro corazón para que pueda convertirse en un vivo manantial rebosando de amor y de nobleza.

El Eterno ha hecho un pacto con nosotros para que formemos la familia divina, que debe extenderse a toda la tierra. Esta familia es la familia de la amistad. El Eterno, el Omnipotente, es el más fiel Amigo, el más sublime, el Amigo supremo de nuestro corazón.

Nuestro querido Salvador es también nuestro Amigo verdadero, maravilloso de ternura y de abnegación. El realizó con su Padre una amistad que se reveló indefectible a pesar de todos los sacrificios que le fueron presentados.

Nosotros también debemos llegar a incorporarnos completamente en la familia divina y a trabar con el Eterno una profunda amistad, sobrepasando todo. No debe ser una obligación, sino un sentimiento de atracción irresistible. Es este amor, esta amistad sin brechas que puede entonces hacernos capaces de cumplir con nuestro ministerio como miembros del pequeño rebaño. Mas si sólo realizamos nuestro sacrificio para alcanzar la naturaleza divina, estamos seguros de no triunfar.

Pues son sentimientos mucho más nobles que deben animarnos en nuestra misión. Por consiguiente, pasamos por una gran escuela, es un ejercicio que conviene proseguir con perseverancia. Y es precisamente al intentar cumplir fielmente nuestro pacto con Dios como logramos poco a poco estos inefables sentimientos divinos.

Una asamblea de personas en quienes los sentimientos divinos han alcanzado, cierta madurez, es una asamblea de un poder fantástico, por medio de la fuerza galvanizante que de ella se desprende y que procede del espíritu de Dios. Es lo que debemos alcanzar con la práctica fiel de nuestro voto al Eterno.

¿Quién nos impide realizar eso? Es nuestro carácter. ¿Quién nos impide ser felices? Es también nuestro carácter. En tal caso, ¿por qué le tenemos tanto apego a ese carácter que de tal manera nos hace sufrir? A simple vista parece que deberíamos apresurarnos en despedirlo. Pero he aquí: hace falta valor, porque esto requiere un cambio completo de dirección. Y los hay que vacilan. No seamos de estos, queridos hermanos y hermanas.

Antes, cuando yo sólo conocía los rudimentos del consejo de Dios, se me presentaban también toda clase de montañas que se erguían ante mí, a causa de mi carácter. Pero me dije como David: "Con el Eterno salvo los obstáculos, asalto los muros, y al otro lado reencuentro al Todopoderoso para recibirme y bendecirme".

Y nunca me he sentido decepcionado. No tengo palabras lo suficiente expresivas para referir las alegrías inefables que procura la comunión divina que podemos tener con el Eterno y con nuestro querido Salvador. Son impresiones que no podemos describir.

Por lo tanto, debemos estimularnos unos a otros en la gratitud y en la humildad; consideremos el ofrecimiento de la inefable alianza de bondad y de nobleza que el Todopoderoso propone a aquellos que quieren vivirla.

Procuramos, pues, ser un modelo por nuestra fidelidad en cumplir el voto que hemos formulado. Estemos bien conscientes de que cada minuto bien empleado apresura el Día de Dios. Toda marca en nosotros. Si somos consecuentes, activos, respetuosos de lo que hemos prometido, notaremos que afirmamos nuestra elección. Somos nosotros quienes nos hacemos dignos o indignos de nuestro pacto.

El Eterno es enteramente fiel, y podemos también serlo si queremos. Es muy fácil, pero es necesario que seamos honrados y pongamos en ello el todo por el todo. Entonces podemos orar: "Venga tu Reino", y el Reino de Dios viene, para honra y gloria del Eterno y de nuestro querido Salvador.



### Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Qué aprecio le hemos tenido al prójimo, y qué victorias hemos tenido en el altruismo, la pureza, y en el verdadero amor?
2. ¿Nos ha permitido la gratitud dar el paso, vencer nuestro egoísmo, renunciar, y redoblar de vigilia y de oración?
3. ¿Irradiamos por nuestra gratitud el sol de la gracia divina, y vivimos fielmente el pacto con el Eterno confiando en El?
4. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en el amor divino, la generosidad con el prójimo, la nobleza, la benevolencia, y la bondad?
5. ¿Hemos sido veraces, humildes, confiados, generosos, valientes, naturales, llenos de entusiasmo y de alegría en el Señor?
6. ¿Hemos buscado la comunión divina, aumentado en nuestra fe, logrando vencer un poco la sugestión del adversario?